

que le costó al Municipio veinte mil duros lo menos, pues él era el Presidente de los brillantes festejos y en viajes á Granada en farolas y en luceros Zarandaja se comió, es decir, que se comieron en esas cuentas famosas, un dineral de dinero.

¡La del humo! Zarandaja, ¡adiós ilustre Banquero! que aprovechado has salido, en que poquisimo tiempo te has hecho rico, hijo mio, ¡como has llegado á banquero! cuando me acuerdo que yo te señalé algunos perros porque escribieses en este periodiquillo algo bueno; cuando ponias á Liroia por los mismisimos suelos siendo alcalde, porque no te aflojaba algún dinero y á Boamema lo ponias de ladrón ¡válgame el cielo! que era, lector, una lástima.

¡Adiós, ilustre Banquero! ¡la del humo! y que no vuelvas á pisar solo un momento aquellos régios salones de nuestro sábio Concejo, donde salen mas de cuatro con los bolsillos repletos.

¡Adiós ilustre poeta! escritor de cuerpo entero, que la Aurora te acompañe que para tí es un lucero á quien pasas toos los días sus dos realitos y un huebo y la tiempes reventando de salud ¡Adiós Banquero! ¡Ay! que angelitos se erian en este bendito pueblo!

## DE VIAJE

Tú habras oido, lector mio, hablar mucho de la proverbial y galanteria de los españoles. Yo también, aunque algunas veces he observado, y sobre todo en los viajes, que si brilla como el sol, también se nubla como él con nubecillas, siquieran sean pasajeras, producidas por los vapores del egoísmo.

Busco carruaje donde colocarme en un tren que va á partir: en un asiento dos cajas de cartón con sombrero de señora en el de enfrente una enorme maleta: aquí la manta rayada que ha de servir de abrigo por la noche, y dentro tres paraguas, cuatro bastones y dos sombrillas: allá una cesta de provisiones de boca. En otra parte un abrigo y dos periódicos recién comprados al vendedor de la Guita de los ferrocarriles de España, Francia y Portugal: en otra una criada colocada allí para ocupar un puesto como los demás objetos y por la cara parece un bull-dog con faldas.

Al parecer no hay sitio donde colocarme; muchas veces, sin embargo, me he decidido á entrar en cualquier departamento lleno de esta suerte, y he podido observar qua todos aquellos efectos de viaje, que cubren los asientos, no son más que ligeras nubecillas, que ocultan por un momento la proverbial galanteria española.

Donde parecían que iban á hacer su viaje más personas de las que caben en el departamento, al marchar el tren sólo quedan dos. Ellos habian distribuido todo para aparentar gran concurrencia y quedarse luego solos. Las empresas, para comodidad de los amigos, colocan la tablilla de Alquilado en las portezuelas; los viajeros se reservan un coche esparciendo sus utensilios de viaje; nada importa que los reglamentos prevengan que en la estación de partida no puede ocuparse sitio más que con el mismo individuo del viajero; no es cosa de sostener una lucha y el prudente es vencido por el egoísta.

Los fumadores creen tener en todas partes indiscutible derecho á envolver á todo el mundo en humo: suponen un carruaje de primera clase en invierno, encerrando seis viajeros, que fuman, y dos señoras que tosen y lloran, gracias á la galanteria de los compañeros de viaje, y tendréis

un cuadro que se repite muy á menudo: si las señoras abren las ventanillas se conatipan, si no, se ahogan: todo quedaba evitado con no fumar; suplicio horrible seria para un amante del cigarro no llevarle á la boca en tantas horas. ¿Por qué no ha de ser los demás lo bastante amable para no pedirle sacrificio tan horrible?

En otras naciones dicen que hay un coche en cada tren reservado para los que fuman: en España la ley manda que se reserve uno para los que no fuman. No creáis por eso los no fumadores que allí no han de hacerle aspirar el humo. Los fumadores tienen predilección especial por aquel departamento; entran en él, ya porque dicen que no hay otro desocupado, ya porque la costumbre ha establecido que allí se fume; creen que si los empleados los invitan á colocarse en tal carruaje, la tablilla de la puerta ha perdido su significado; considéran que el que no fuma es un ente estrafalario que debía ir para no estorbar á los demás en el furgón de equipajes.... todo menos dejar de fumar.

He visto muchas veces, al recordar á un adorador del humo, cuando ejercia su profesión, distraído al parecer, que se hallaba en el reservado de no fumadores, arrojar en seguida el cigarro por la ventanilla ofreciendo sus excusas á las señoras; pero también he presenciado no pocas veces, que algún amante del cigarro pregunta con notable franqueza á los compañeros de reservado:

—¿Les molesta á ustedes el humo?  
Enseñando entre los dedos un vèguero del estanco y la caja de los fósforos, lo natural seria contestar:

—¡Figúrese Vd. si nos molestará cuando estamos aquí!

—Ou bien.  
—Vea Vd. la tablilla de la puerta y diga luego si aquí se puede fumar.

Pero hasta las señoras, que suele haberlas, responden:

—No, señor; no nos molesta el humo,

—Con el mismo acento del que decia:

—¡Si á mí me gusta mucho que me den con la badila en los nudillos!

Y el fumador no se priva de su gran placer, y hasta sostiene que le han concedido sus compañeros permiso para ahumarlos, si el revisor le recuerda el reglamento.

Hay viajeros, de primera por supuesto, y me refiero á los de primera, porque en España los de las restantes clases son trasladados sobre poco más ó menos con la misma amplitud y comodidad que el ganado lanar y el de cerda; hay viajeros, digo, que colocan una maleta enorme junto á una ventanilla, privando de aquel sitio á los demás, porque su equipaje vaya ventilado; viajeros que se tienden á la larga en la primera estación, colocando sobre un brazo del asiento los piés, tal vez no bien perfumados; viajeros que, vaya quien vaya en su compañía, corren la cortinilla de la lámpara y dejan el coche á oscuras para roncar más á gusto; viajeros que abren los cristales cuando los demás los llevarian cerrados, y que cierran cuando hace falta aire para respirar; viajeros que separan el calorifero por que el vapor se les sube de los piés á la cabeza, dejando á los demás sin abrigo, ó que se llevan el tubo de agua caliente á su lado, como si lo hubieran destinado para ellos solos expresamente, y viajeros en fin, que extienden sobre el asiento un mantel improvisado, que no es otra cosa que un periódico, comen ó cenan con envidiable apetito los manjares de desagradable olor que van sacando de grasientos papeles, y dejan luego sobre el mullido almohadón blanco, extensas manchas que se estamparán más tarde en las ropas de los viajeros á quien su mala suerte lleve á ocupar aquel sitio.

Lectoras y lectores míos: dicen que ahora se viaja con mucha comodidad. Dios os libre, si viajais y no fumais los varones, de fumadores y de viajeros cómodos y egoístas.

José González de Tejada.

## ¡SIN FERIA NÓ!

Ya la feria se aproxima y según varios rumores, ésta vá á ser suprimida ¿que porqué? ¡nadie se asombre!

por la «sencilla» razón de que la «guita» lectores, hoy se encuentra por las nubes y hay que cubrir atenciones, mas sagradas, como son, pagar al corriente al pobre empleado, á quien deben atrasado «dos millones.»

¡Sin feria nó, Don Francisco! ¿que dirian las Naciones Extranjeras, si Almería cual si fuese un pueblo pobre se quedase sin «jolgorios» y otras tantas diversiones, como las que «Zarandaja» nos dió, cuando el «pobre hombre» nos trajo aprisa a corriendo enanos y gigantones y se gastó en farolillos una cantidad enorme dejando al pobre país sin camisa y sin calzones?

¡Sin feria, nó!, Don Francisco, aunque sea con poco cobré; haga V. algo que el pueblo que es el que paga, y no come, en estos días se divierta y olvide á tantos «guasones de levita, que han creído que están en los «callejones»

## BALADA

¡Vén á mis brazos dulce bien mio! el sol se oculta por las montañas, lánguidamente murmura el río, el aire agita las espaldas.

Pronto ¡oh cielo! la blanca luna su faz asome por los jarales, y allá á la orilla de la laguna, entre el perfume de los rosales, tus labios rojos aprisiona los entre los míos; yo te diela así en secreto, quien se há tragado ese puñado de «calderilla» (1)

—Que toato eres; ¡mala centella! pues el de marra, ese letrado que cuando «guita» la calderilla se pone el hombre con a peajo y el ojo tuerto abre al conajo

¡Mala centella lo liaga areñilla!

## INSTANTÁNEA

Los dos amantes háyanse al pié de un cauce á orillas de un profundo barranco entregados á sus amores; la leda brisa murmura y los pardos ruiseñores con sus trinos y gorjeos, dan á aquél cuadro un tinte tan melancólico, que convida á la meditación.

De pronto, ¡horros!, negros nubarrones empañan el límpido y puro azul del cielo y un torrente de agua invade el barranco, arrastrando en su vertiginosa corriente á la infeliz pareja que distraídos con sus amorosos arrullos, no se aperquibieron de la avenida.

El enamorado galán, trata salvar á su prometida; pero yamp esuerzo; los dos son arrastrados por las cenagosas aguas, ya iban á perecer, cuando lograron asirse á las ramas de un gigantesco alcornoque, que á orillas del río tendía sus protectoras ramas; pero ya les faltaban las fuerzas y se les escapaba de las manos.

En estos angustiosos momentos, cuando ya iban á perecer, ¡oh Providencia!, aparece una negra sombra en la orilla con una gruesa soga de esparto crudo en la mano.

¿Quien direis que era? ¿San Telmo? ¡Ahí no señores, pásmense ustedes, era ni más ni menos que el mismísimo Masagosa, que se hallaba, cogiendo cuquinas para hacer un caldo de aceite y vinagre.

Pedro Flores viendo en el momento peligro en que se encontraban aquellos desgraciados,

(1) De los jolgorios de S. M.